



L'Amour Toujours

Relato del primer encuentro entre
Ilich Ramírez Sánchez y Magdalena Kopp

Sin duda muchas de las bombas tienen origen en aquel paseo que dimos juntos por París el día que nos conocimos. No, no te rías de mí, no pretendo echarle la culpa. Pero ese fatalismo romántico, esa obsesión por las estaciones de tren... todo viene de aquel paseo. Yo llevaba poco tiempo allí, había llegado a principios de 1974 tras la mala pata de Londres y la caída de Boudia. En ese par de meses me había enamorado de la ciudad. No por sus monumentos, que desprecio un poco por instinto, sino por las criaturas que encontré entre sus grietas. Era todo como un juego, hasta que viniste tú y lo plantamos todo de bombas.

Llegaste en mayo, oculta entre la multitud que volvía de pasar el fin de semana en el pueblo. Habías salido de Alemania en un coche con otros jóvenes, cruzando la frontera francesa desde Luxemburgo hasta Metz. Allí tomaste el tren a París tú sola. Yo estaba bebiendo un café, sentado en una silla del Tabac que hay dentro de la Estación del Este. Te vi en el mismo momento en que bajaste del vagón, en la inmensidad de la estación, entre miles de personas. Tenías 25 años, pero parecías una niña, con el pelo corto, la mirada al suelo, y con una pequeña maleta en la mano izquierda. Con tu mano derecha te aferrabas desde hacía siete horas a un pasaporte que tú misma habías falsificado. Dejé que pasaras de largo sin decirte nada, comprobé primero que no te seguía ningún secreta. Te observé ir decidida hasta los toilettes y esperé junto a la salida de la estación. Una vez fuera, te tomé de la mano innecesariamente y te dije "Mademoiselle Frankel? Je suis un ami de votre cousin".

Me pediste que te llamara Hilla. Hablábamos un francés terrible. Eras un primor, pero estabas como una puta cabra. Yo tenía que ocuparme de ti en París, tenía que ser tu guía y tu líder, e iba a hacer todo lo posible por llevarte a la cama. Sabía que eras la chica de Weinrich, mi buen amigo, pero me importó muy poco.

Había previsto ir primero al escondite, y luego a tu apartamento para que pudieras descansar. En vez de eso, cogí el poco equipaje que llevabas y decidí ir dando una vuelta, mostrarte un poco la ciudad. Bajamos por el Canal de Saint Martin.

Caminábamos bajo los árboles; sobre el agua nadaban algunos patos, algunas ramas, bolsas y basura. Pasamos junto a un clochard que dormitaba en un banco y que nos pidió un cigarrillo. Como un idiota, empecé a contarte la historia clandestina de París, desde la Comuna hasta el FLN argelino, sin olvidar a los refugiados latinoamericanos. No te importaba un carajo todo aquello, me preguntaste si estaba armado, y te contesté que llevaba una pistola en el cinturón, bajo el abrigo. Preguntaste si tenía un arma para ti, y tuve que reconocer que aún no. Preguntaste si la prensa francesa pensaba que habían envenenado a Pompidou en su viaje a la URSS. Cosas así, hablabas como una metrallera. Yo no sabía qué decirte. Caminamos en silencio. Una peniche cargada de carbón nos alcanzó, avanzaba hacia la parte soterrada del canal, un poco más adelante. Mirabas intrigada y me preguntaste a dónde se dirigía. Te contesté que esta vía de agua, pautada por pesadas exclusas de acero, era el final del canal del Ourcq, y que a partir de ese punto transcurría subterráneamente hasta Bastilla, tras cuya plaza volvía a aparecer en el precioso puerto del Arsenal, y luego desembocaba en el Sena frente al Jardin des Plantes. Querías saber si era posible conseguir una peniche, y te contesté que claro que sí, que podíamos alquilar una cualquier día, que era una idea genial ahora que comenzaba el buen tiempo. Entonces clavaste el tacón de tu bota en la acera con un ruido seco, y me miraste con la cara encendida. Con ojos rojos, me dijiste que pensabas más bien en reventar la Bastilla con una peniche cargada de explosivos. Esa furia me llenó de ternura. Te contesté, en un tono asquerosamente machista y paternalista, que Bastilla es solo una plaza inane llena de coches, con una estación de tren abandonada. No hay nada que reventar en Bastilla, solo provocaríamos un atasco de cojones.

Entrecerraste tus ojos negros, me apuñalaste con la mirada, y te echaste a caminar. Yo me sentía frágil, desarmado. Frente a tu celo revolucionario, me avergonzaba de mis patéticos avances. En silencio, con la mirada al frente y un aire marcial, caminabas a toda velocidad como

si quisieras escapar de mí. El eco de tus botas en el frío asfalto resonaba en el Quai con un ritmo perfecto, y, con un movimiento violento y lleno de intención, parecías estar pisoteando la ciudad más que caminando por ella. Cuando llegamos al cruce con la Rue Faubourg du Temple, giramos a la derecha para entrar en la Plaza de la República. Es una plaza muy bonita, dije sin pensar. Es lo más directo, añadí rápidamente. Tus labios formaban una línea finísima de color azul, parecías una princesa de hielo.

La Plaza de la República presentaba su aspecto triste de los domingos: fría, amplísima, con sus avenidas medio vacías. Se respiraba un aire fresco del Norte. El cielo era de un color claro, con cirros altos. Me gustaba mucho cuando estaba casi desierta, me recordaba un poco a las inmensas plazas de Moscú. Habría querido pasear por ella tranquilamente pero no, tú seguías marchando a toda velocidad varios pasos por delante de mí. Un poco molesto, te pedí que me siguieras, y cruzamos corriendo entre el escaso tráfico. Al pasar junto a la estatua de Marianne, gigantesca sobre su pedestal, la miraste severamente y preguntaste ¿y por aquí debajo no pasan las peniches? No, te contesté. ¿Y por ahí se va a Bastilla?, preguntaste señalando al Boulevard Saint Martin, al que nos dirigíamos. No, ya dinamitarás Bastilla en otra ocasión, respondí enfadado.

Mientras subíamos por el bulevar te pregunté por tu experiencia con la Fraktion. Afirmaste que sabías disparar, podías forzar cerraduras, hacer un puente en un coche, un poco de electrónica. No era verdad, claro. Nunca antes habías disparado un arma contra un hombre, ni habías hecho explotar una bomba; pero sabías de fotografía y podrías ayudarnos con las falsificaciones. Me entregaste tu mierda de pasaporte alemán a nombre de Hilla Frankel. Debiste de notar que no quedaba convencido, y pediste ver mi documentación a tu vez. Carlos Martínez Torres, leíste en voz alta mientras caminábamos. Carlos no es un nombre que suene muy revolucionario, quizás sea distinto en Perú, me dijiste. Hay un puto alemán, un tal Marx, que tiene algunas pretensiones al nombre, te contesté, pero

pronto todo el mundo temblará al escuchar nombrar a Carlos... y temblarán por mí.

Te sonreíste con mi bravuconería y me devolviste el pasaporte. También me llaman el Chacal, dije orgulloso. ¿No conoces la película? Yo la había visto en Londres el año anterior. Trata de un asesino que intenta ejecutar a De Gaulle. Socarrona, contestaste que habías leído el libro hacía años, aunque te había resultado insufrible, y que me habían dado el nombre de un agente fascista de la OAS. Entonces te hablé de Caracas, y de mi estancia en Moscú, en la Universidad Patrice Lumumba. Añadí que de allí me expulsaron por no plegarme al dogmatismo del PCUS, cuando en realidad fue por una mujer. Notaba cómo tu actitud iba cambiando, y no pude dejar de hablar. Te conté de mi paso por los campos de entrenamiento en Jordania, de George Habash, de Bassam Abou Sharif, y de Beirut. Al doctor Habash solo lo había visto una tarde. Era un hombre vivo, inteligente, y valiente; yo te lo describí hasta guapo. Te dije que había conocido a Jacques Vergés, el marido de Djamilla Bouhired, en una fiesta en Damasco. Te hablé de Wadi Haddad, de una noche en que me llevó a Chatila. Me sacó de un café del puerto de Beirut, subimos a una moto, y en menos de diez minutos estábamos dentro del campo de refugiados. Allí nos emborrachamos con otros palestinos cristianos. Wadi creía en la solidaridad entre los pueblos. Creía que la lucha antiimperialista latinoamericana, la poesía negra de Antillas, los movimientos de emancipación en África, en Vietnam... todas fortalecían la causa de la liberación de Palestina. La praxis del sionismo enraíza en el supremacismo racista y el imperialismo cultural, y la guerra contra éstos es universal y única, dije con solemnidad. Luego Wadi me había regalado su propia pistola. No, no es la que llevo encima, te dije, sin atreverme a llevar la mentira tan lejos.

En la Porte Saint-Denis, entre la miseria de las putas viejas, viste algo que despertó tu curiosidad. Con voz muy baja me preguntaste si la policía secreta iba armada en París. Te dije que sí, pero que nunca van solos. Parecías contrariada. Excepto cuando suben a ver a las chicas, añadí, entonces sí van solos. Me agarraste de la

manga y me miraste con ojos decididos, querías hacerte con un arma. Quizás un día, pero hoy no; soltaste un 'ja, ja' para zanjar la discusión.

Seguimos avanzando por el bulevar, que ahora se llamaba Poissonnière. Tu cabeza alemana no entendía por qué, si era la misma calle. Presta atención, te pedí, nos vamos acercando. Habían pasado las seis de la tarde y comenzaba a oscurecer, se encendían las farolas amarillas y las marquesinas de los pocos bares que permanecían abiertos. Dentro de L'Escargot, hombres mayores bebían vasitos de vino en una espesa nube de humo negro. Me detuve bajo el cartel iluminado y, al plegarme para encender el cigarrillo, te observé discretamente por el rabillo del ojo. Tenemos la misma edad, pero me pareciste una jovencita con tus mejillas rosas, divertida, mirando en todas direcciones. A pesar de lo que me habías contado, no tuve dudas de que era tu primera vez fuera de Alemania. Luego aprendí que te llamabas Magdalena, y que habías salido de tu pueblito en el Sur para ir a Frankfurt, donde habías transitado suavemente del activismo universitario al terrorismo de fin de semana. Y ahora estabas fuera de tu país, integrando un comando militar palestino. ¿Por qué te habría dejado marchar Weinrich?

Al llegar a la altura del Museo Grévin, que estaba cerrado, nos paramos a mirar el cartel de los horarios. Estaba protegido por un cristal, y en el reflejo te di indicaciones de lo que había a nuestras espaldas. A nuestra derecha, la calle que acabamos de cruzar es la Rue Montmatre, te dije. Baja una cuadra antes de girar un poco. La tercera calle a la izquierda, la siguiente a la curva, es la Rue du Croissant. En el número 18 está la Comisaría Central de la Policía Nacional para el segundo distrito. Un poco más adelante, en el número 12, está la redacción de Minute, el periódico de extrema derecha. No olvides este cruce, tendrás que venir tú sola a hacer vigilancias. En el reflejo pude distinguir como se te iluminaba la cara, y cómo mirabas discretamente por encima del hombro. Avanzamos un poco más por el Boulevard Montmatre, lentamente. Había muchas parejas que iban a cenar o a escuchar

música. En el semáforo frente al Club Drouot, bajo el reflejo rojo de las luces que parpadeaban Jazz, te tomé de la mano. Bajábamos por la Rue Richelieu; y te susurré al oído que en esta calle pondríamos la segunda bomba. Durante una fracción de segundo, de puro rubor, se dibujó una pequeña sonrisa en la comisura de tus labios, y tu mano se crispó de emoción. Como un pequeño animal nocturno, observabas a tu alrededor buscando el objetivo. Buscabas la bandera de un consulado, un bar de policías, quizás un banco. Mientras te rodeaba con el brazo derecho, te susurré con todo mi amor que en el número 100 se encontraba la sede de un periódico de fascistas pieds-noirs, ultraderechistas reubicados tras la independencia de Argelia. Ralentizaste el paso y miraste el edificio con atención, con sus grandes letras L'Aurore bajando a lo largo de la fachada. Te fijaste en los coches aparcados prácticamente sobre la estrecha acera, y en los comercios de la calle. Arrastrada por la emoción, hiciste el gesto de querer decirme algo, y yo te dije aquí no, aún no. Llegamos a la Rue Réaumur y subimos en silencio hacia la plaza de la Ópera. Todavía te sujetaba de la mano.

Lo más peligroso será operar en esta zona sin levantar sospechas, dije muy serio. Tendremos que dejar dos coches bomba en apenas tres calles, y uno de ellos casi frente a una comisaría. Pero es que, además, atentaremos contra la redacción de la revista sionista L'Arche, y la sede de la ORTF, que quedan bastante lejos de aquí. La ORTF alberga la radio y la televisión públicas. Es un poco especial porque es un edificio inmenso, no lo vamos a poder derribar, pero le lanzaremos varias granadas incendiarias, así tendrán de lo que hablar en Radio Paris. Atacaremos los cuatro objetivos la misma noche, simultáneamente. Se va a liar gorda. Iremos armados para nuestra defensa personal, pero en principio no debería haber muertos; Beirut lo prefiere así hasta que no hayamos asentado nuestra red de apoyo. Sí, vale, probablemente dije mi red.

Te expliqué que no podríamos salir de París tras el atentado, y que nos esconderíamos durante unas semanas en casas de simpatizantes. Contamos con un buen

equipo de camaradas, gente experimentada, te aseguré. Te mentía, no me había resultado fácil reclutar colaboradores. Tras la muerte de Boudia, Haddad me había pedido que no tirara de argelinos ni de libios, que estaban muy controlados, y que tratara de pescar entre los extremistas de izquierdas. Entre los blancos, vaya. Habría preferido instalarme en un cuartucho de la Rue Léon, principalmente por la comida, pero no podía ser, tuve que buscar un piso de estudiantes junto a la Sorbona, para rebuscar desde allí entre las cenizas de Mayo del 68. Eran unos chicos muy educados, estos extremistas, pero cantosos. Mientras mis peruanos no salían de sus habitaciones sin una corbata, una chaqueta, y un pelo brillante y perfecto, los nuevos revolucionarios franceses se habían dejado barba y el pelo largo, y llevaban jerséis demasiado grandes. No había reclutado ninguno para la organización porque, inevitablemente, todos habían pasado sus últimas vacaciones en un kibutz. El núcleo duro del comando éramos tú y yo, el suizo, y ese portero español del GARI, que luego resultó que era un poco confidente de la policía. Y esperábamos la llegada de aquel comando kamikaze japonés, ¿recuerdas?. El único francés de la organización era un anarquista que trabajaba en un taller de la Rue Saint-Maur, alcohólico y bocazas. Pero para hacer la guerra no se necesita mucho más que voluntad, ya tuvimos ocasión de demostrarlo.

Hablábamos con voz muy baja, caminando cada vez más lento, cada vez más cerca el uno del otro. De aquellas amplias avenidas rebosantes de vida, recuerdo sobre todo la sensación de intimidad. Frente a nosotros se abría la plaza, fastuosamente iluminada, y enfrente estaba la Ópera Garnier, guardada por docenas de estatuas. No decías nada, pero con tu nariz en punta señalabas al edificio de la Ópera como si olieras un codillo de cerdo burgués. Tuve que tirar de tu brazo para que me siguieras por la Rue de la Paix, que descendía hacia el Sena. Se notaba que te empezaba a gustar París. Pero donde otros celebraban la ciudad monumental y aristocrática, o la sensualidad y violencia de sus noches, tú la veías como un templo resquebrajado suplicando un poco de dinamita. Con una

mirada, dejaste una maleta de metralla entre las mesas del Café de la Paix, en honor a Zola. Al Hotel Westminster, cuya fachada parecía una exhibición de banderas imperialistas, le lanzaste un artificio incendiario en mitad de la madrugada. Al conserje del Hyatt, un traidor con smoking verde y sombrero de copa, una ráfaga de AK-47 mientras recibe a los políticos y los industriales: ra-ta-ta-ta-ta-ta-tá.

Llegamos a la Place Vendôme, y te fui señalando los edificios. A la derecha, en apropiada simbiosis, el Ritz y el Ministerio de Justicia. A la izquierda, Chanel y Chaumet. Y en el centro, un monumento a las guerras imperialistas de Napoleón, una columna de 44 metros forjada con el hierro de los cañones capturados en la batalla de Austerlitz. Derribada durante la Comuna de Paris, la habían vuelto a erigir para ti. Esta plaza era la guinda sobre el pastel, la traca final. Es bastante pequeña, dijiste con una sonrisa mientras pasábamos junto a un grupo de gendarmes.

Se te veía feliz. Seguimos adelante, y dos cuadras después habíamos llegado a las Tullerías. Cruzamos por la puerta abierta en la verja, y paseamos sobre la gravilla. La ciudad se escuchaba lejana, sus ruidos amortiguados, y en la oscuridad del parque creímos que estábamos solos. Y a pesar de ello, yo no soltaba tu mano y tú no soltabas la mía. Caminábamos muy lentamente, como si no quisiéramos hacer ruido. ¿No era raro que no hubiera ni una sola farola? Yo lo prefería así. Al llegar al paseo central, vimos a nuestra izquierda el Louvre, y a nuestra derecha la fuente aquella de los barquitos de Cómo robar un millón. ¿Es esa con Peter O'Toole, el que hizo del asqueroso orientalista inglés T. E. Lawrence?, me respondiste riéndote un poco de mí. Me encanta Lawrence de Arabia, es una gozada. Pero me hice el tonto y te contesté que no lo sabía, aunque estaba bastante seguro de que O'Toole era irlandés, y por lo tanto un camarada.

Habíamos cruzado ya las Tullerías, y nos encontramos frente a una puerta cerrada con una cadena. En un cartel estaban indicados los horarios de apertura del parque, y resultó que nos acababan de encerrar dentro. Te pedí que no te

preocuparas, porque encontraríamos un guarda en alguna de las otras puertas. Me preguntaste si estábamos lejos del apartamento, y con sinceridad te contesté que estábamos lejísimos. Me miraste con una mueca, pero no pareciste tomártelo mal. Continuamos caminando por el perímetro del parque. Al otro lado de la verja estaba el Sena y la Rive Gauche. Los edificios de piedra iluminados de amarillo parecían pintados sobre un lienzo negro. Yo vivo por allí, te dije, poco antes del Panteón. Un poco más adelante distinguimos la Gare d'Orsay, cerrada y decadente. ¿Todas las estaciones están abandonadas en París?, preguntaste. Los hijos de puta quieren poner un hotel de cinco estrellas, no sé si es una buena idea, contesté.

Detrás de la estación se adivinaban las líneas neoclásicas de la Asamblea Nacional. Y-a-t'il un incendie prévu ce soir dans l'hémicycle?, me susurraste deteniendo el paso, clavando tus pequeñas botas negras en suelo. Solo basta que lo pidas, te contesté mientras me giraba para mirarte a los ojos. Señalaste algo a mis espaldas, y te pegaste a mí. ¿Y qué es ese monstruo? No necesitaba volverme. ¡Ah!, te contesté dramáticamente, ça c'est mon cadeau pour toi, ma belle Hilla. Es la Torre Montparnasse, la acabo de inaugurar para ti. Es un horror digno de Frankfurt, me dijiste pegando tu mejilla a la mía. Pero te va a encantar, está llena de fascistas, te contesté mientras te abrazaba, y de ministros y funcionarios de Estado, y algún agente de la DST, y te besaba el cuello, y hay banqueros y despachos de abogados, y te apretaba contra mi cuerpo, y tiene un centro comercial, y la gente sube en sus ascensores, y se sienta de ocho a cinco en el lugar indicado, y giran como ruedas dentadas, y los vamos a hacer saltar tú y yo, y te dejaste caer en la hierba.